

El fin del espacio

«Somos tiempo»

Vuelvo a Albox varias veces al año. No tiene por qué ser en fechas señaladas. El pueblo está allí. Siempre allí. Me reconozco antes de que llegue. Me envuelve con calles en el mismo lugar donde las dejé. Los bares actúan de manera muy diferente. De la plaza San Francisco de la Loma se marcharon El Hogar (que fue más que un bar hasta su último suspiro) y, hace poco, Los Viejos. Me descoloco. Después, me ubico, me sitúo, pero de forma diferente: una fachada descascarillada, un árbol que lucha por estar, un conocido que aún almacena mi cara en su archivo mental. Después, mi nombre, el de mi padre, mi apodo. El espacio permanece inmóvil. El tiempo me devuelve hacia atrás.

De esto trata el fin del espacio. No de que Albox se desvanezca en la nube cósmica digital que deja caer su lluvia sobre nuestras cabezas en forma de gotas algorítmicas. Ni que la rambla se abra a modo del mar Rojo —ni siquiera lo hizo en la gran riada de la década de los setenta—. Ni siquiera de que la meteorología juegue a los dados, como hizo el universo de Einstein, durante la primera semana de octubre, y nos joda las fiestas de San Francisco. Es más sencillo: nada permanece. El espacio es una pausa en el tiempo. Una forma provisional que este adopta para permitarnos vivir un ratito, orientarnos y discutir con el municipal si mi coche está mal aparcado frente a la farmacia. Somos tiempo. Las aceras, las plazas, las familias. El pueblo también.

Nací, crecí y viví aquí. Mi familia lleva generaciones formando parte de este organismo que (con)fluye entre lo biológico y lo social que denominamos Albox. A los dieciocho años me fui, como tantos. Y ahora, treinta años después, mi sobrino. Primero, para estudiar en la Universidad de Murcia. Trece años de estudio, trabajo y una intensa vida bajo la luz de las farolas y frente a las persianas cerradas de la vida diurna. Después, viajar, investigar, equivocarme, enseñar, volver (a equivocarme), aprender y marcharme. Tras Murcia... Madrid, París, San Gallen, Zúrich, Mánchester, Quito, La Habana, Milán, Salamanca y vuelta a Zúrich. Uno intenta convencerse, tras infinidad de traumas y (des)encuentros que será de esas personas que ampliarán el mundo, para, años después, descubrir que lo que incrementa inconmensurablemente es la distancia con el niño y muchacho que fue. He vivido (y lo seguiré haciendo) en muchas ciudades, pero ninguna conserva esa versión tan mía, tan antigua de mi historia como mi pueblo. Albox conoce, recuerda cosas de mí que yo he olvidado con el paso del tiempo. Por prudencia, esa que yo

nunca tuve y lo saben muy bien los que me acompañaron en mis andanzas quijotescas y sánchezcas (no las del actual presidente de la nación, sino las del Panza), se limita a guardarlas en ese viejo armario librero frente a la oficina en la primera planta de El Hogar. Ese que ya solo existe en la memoria de unos pocos. En la mía.

Cuando regreso, en mí se aviva la idea de que nunca me fui. Para llegar hasta la "placeta", hay que cruzar varias rotondas nuevas y una almazara que ya no extrae y emana oro verde. Tres piedras conoidales y cinco letras mayúsculas enormes: ALBOX. Como si la Villa temiera olvidar su identidad durante una de esas noches en las que todos los gatos son pardos. La rotonda es ese "modelo circular del recuerdo" en el que la España interior procesa la posmodernidad, sin entender que ya cruzamos la línea roja hacia el transhumanismo. Materializa el pasado tomando un objeto que antes trabajaba, tenía vida. Entonces, lo jubila, lo diseca para que por fuera parezca que no está muerto. Lo coloca frente a los ojos atentos y agotados de un tráfico que, durante varias generaciones, da vueltas a su alrededor. Una metáfora perfecta para el eterno retorno de Nietzsche y de Borges. La bajada de la cuesta "del Rosao" me quita esas pajas mentales de la cabeza. Se empeña en explicarme el presente, aunque la casa del Luis "El Cojo" se haya convertido en una plazuela y en un gran mural.

Aparco (porque es difícil, por no decir imposible, llegar en otro medio que no sea el coche). Aparecen las coordenadas de mi juventud. "El pueblo" no es un lugar; es una base de datos emocional con bastantes copias de seguridad y mucho(s) valor(es) perdido(s) al copiar los recuerdos de un disco duro a otro. Por suerte, como piensan algunos en esta "era digital", tenemos Google Drive. ¡Ingenuos! Los bancos, hasta hace poco, solo se apoderaban de nuestro dinero. Ahora les entregamos lo más valioso: nuestra identidad, nuestros datos, nuestra información.

Con lo dicho hasta aquí, no pretendo, de ningún modo, decir que mi historia sea más o menos especial que la de otros muchos emigrados, expatriados, por una u otra circunstancia, ya sea por decisión propia (como es mi caso) o por necesidad (como miles de paisanos que se vieron obligados a abandonar su pueblo por multitud de causas). La historia de Albox es una historia de etiquetas, en forma de apellidos y apodos, y de reemplazos. Hasta junio de 1488, la villa estuvo integrada en el reino nazarí de Granada. Capituló y pasó a obedecer a la Corona de Castilla. Cambió la soberanía. Esto no vació las casas ni las calles de un día para otro. Los documentos (y los dictámenes políticos) siguen un ritmo diferente al de las personas. Continuaron los mudéjares y los moriscos a quienes, tras las conversiones forzosas, el poder cambió el nombre y la religión. Pasaron a ser los "otros". Los "cancelados" de una historia y de una tierra que dejó de serles propia.

Echándole un vistazo estos días a los tres primeros números de la revista "ROEL. Cuadernos de Civilización de la Cuenca del Almanzora" (de cuya comarca Albox es la capital), pude leer que en 1569 había en el pueblo alrededor de cien familias moriscas y cuarenta de cristianos viejos. Las revueltas (como la de las Alpujarras), la rebelión, la guerra y la devastación arrasaron la comarca y el pueblo. ¿Después? La deportación de los moriscos del Reino de Granada entre 1570 y 1571. Su espacio dejó de serlo y fue ocupado a partir de 1572 por los nuevos pobladores: casas, huertas, tierras de labranza, talleres. Los nuevos "albojenses", llegados de Murcia, Lorca y otras geografías españolas, "repoblaron" la expulsión de (los) otros. De nuevo el espacio transmutó en tiempo, en memoria.

Creo que conviene recordarlo, más aún en un momento en el que los imperialismos (EE.UU., Rusia, China, por poner los principales ejemplos) siguen hablando de "raíces puras", identidades eternas y "pueblos" que siempre han sido de una sola manera. Las raíces de Albox no han sido ni son un cable de fibra óptica que transporta la "identidad" de sus conciudadanos. Ni un modelo de tráfico mundial de datos para toda la eternidad, generación tras generación. El Albox "glocal" se parece más a una chumbara (esa que está desapareciendo de nuestros campos, bancales, ribazos y cerros): crece, cruza, rompe, pincha, se adentra en la tierra. Estoy seguro de que sobrevivirá a la sequía y reaparecerá cuando nadie la espere, a pesar de la cochinilla del carmín y de la sobreexplotación urbanística.

Somos descendientes de quienes permanecieron, de quienes fueron expulsados, de quienes se fueron, de quienes llegaron, de quienes fueron (a)traídos, de quienes emigraron y de quienes regresaron con el acento cambiado, un coche más caro y la "saludable" costumbre de criticar la falta de inversión y el "vuelva usted mañana" de José de Larra.

En mi caso, regresar, a pesar de que se ha vuelto más difícil desde febrero de 2020, siempre es la excusa para girar la llave de la "casa familiar". Cuando la(s) persona(s) se marcha(n), la casa revela su verdadera naturaleza. Deja de ser un inmueble para convertirse en parte viva de una relación personal con mis "yo" internos. Entre ellos se desencadena una disputa entre la topofilia y el (re)sentimiento. Entre lo que me hizo y lo que me empujó a salir. Volver no consiste en recorrer (miles de) kilómetros. Consiste en (re)conocer que ninguna de mis nuevas versiones conserva el original.

La composición del pueblo cambió. Y lo seguirá haciendo. Se fueron jóvenes (cada vez más a Suiza), regresaron jubilados (después de muchos años trabajando en otras ciudades y países), llegaron familias de otros países, se cerraron negocios de nuestra "toda la vida" y aparecieron comercios nuevos en locales que habían quedado condenados al polvo. Los camiones siguen conectando Albox con la comarca, con

España y con Europa. Sobreviven a pesar de las nuevas tecnologías y de la era de la inteligencia artificial (IA) y de la conducción (casi) autónoma. Hoy, los móviles, las videollamadas, el WhatsApp y los mil sucedáneos tecnológicos que consumimos como si fueran fruta fresca nos permiten emigrar sin terminar de irnos. Albox, como el mundo, es más diverso que nunca. A pesar de que algunos sigan describiéndolo como un censo cerrado.

Los bares nos ayudan a reconocer(nos en) esta nueva realidad pospandémica. El Rony se ha convertido en una de las pocas instituciones en la historia reciente lomera que permanece al pie del cañón, regentado por las primeras generaciones que pisaron y patearon el colegio Velázquez. Los nuevos negocios hosteleros llevan el sello de una multitud de nacionalidades y de polaridades geográficas. Desde Asia Central (Pakistán e India), Europa del Este (Rumanía), África (Marruecos) hasta Sudamérica (Colombia). Un crisol de culturas que ha convertido los archivos públicos castizos del pueblo en auténticos crisoles culturales, en instituciones sin presupuesto identitario fijo, catálogo local exclusivo ni horarios de entrada ni de salida. ¿Y los clientes? Las "colmenas" variopintas de Ceta ceden paso a las aldeas globales de Marshall McLuhan. Así como los medios de comunicación electrónicos reducen las distancias del mundo global, los bares conectan a las personas de ese mundo global a nivel local. En ellos, las conversaciones adultas siguen manteniendo lógicas de lo científico social: primero, los muertos, que ya no solo se entierran en el cementerio de Albox; lo hacen en Riobamba, Rabat, la región de Transilvania, Santiago de Cuba, Islamabad o Chongqing. Después, los divorcios, propios y ajenos. A esto le siguen las enfermedades, el hospital de Huerca Overa y la realidad política y deportiva. Estas últimas siempre cumplen con los más altos estándares en las discusiones entre expertos de barra (tanto delante como detrás de ella). Esas discusiones a viva voz que se marchitan a la sombra de los modelos de lenguaje de gran tamaño (LLM) como ChatGPT (OpenAI), el asistente virtual Alexa (Amazon) y el "Hey Google". Aun así, auguro una larga vida a los rumores, engaños (fakes), odios (hate), chafarde(r)os, cañas, cuñados y a la memoria colectiva del subsuelo que los "agentes" y las "IA encarnadas" en forma de cibords no poseen ni poseerán. Por muchos trillones de datos que los computadores cuánticos sean capaces de analizar por segundo. El daño y la misericordia aún tienen velocidad humana. Y, posiblemente, están sentados dos mesas más allá con forma de vecino o vecina. Hoy en día estas dinámicas de barrio "tan" cotidianas disponen de bots, redes sociales, granjas de troles, videos editados en móviles de última generación, datos sintéticos, cibertropas y empresarios tecnológicos con complejos hitlerianos. Ya no se generan ni se expanden en las plazas ni en los "foros de corrillo" del mercado de los martes ni del sábado. Ahora cruzan el pla-

neta antes de que el Pedrillo nos plante en la mesa de la terraza un porrón acompañado de un platillo de gurrumancia. En un mundo donde el espacio físico y el digital se sostienen en un tiempo que parece permanecer casi impasible, las plataformas visibilizan la indignidad y los extremismos. Estos ofrecen una excelente ventaja competitiva a nuestro yo digital más siniestro.

Y como las plataformas premian y visibilizan (gracias a la dictadura de los algoritmos) lo que indigna —el extremismo, lo bizarro—, cuentan con un atractivo que resulta difícil de igualar. La política, con sus políticos, aprendió pronto la lección de lo inmediato y lo impactante. La realidad se “encuadra” (framing, Gregory Bateson y Erving Goffman), se silencia (espiral del silencio, Elisabeth Noelle-Neumann) o simplemente se posiciona a nuestro favor (espiral del cinismo, Joseph Cappella y Kathleen Jamieson) mediante la generación de desconfianza entre los ciudadanos. Compañeros de trabajo. Amigos. Familias. Estas dinámicas son asumidas cada vez más por cada uno de nosotros. Si a nuestro adversario le tenemos miedo y nos resulta peligroso, lo deshumanizamos. Si un grupo diverso, vulnerable y/o estigmatizado (musulmanes, chinos, gitanos, chigres...) no nos conviene, lo invisibilizamos, lo cancelamos. La censura de hoy es más implícita que explícita. Antes, en tiempos franquistas, a los gitanos de las “calles de atrás” se les acinaba y se les castigaba legalmente por el solo hecho de existir. Hoy, somos más “sutiles”. Se les castiga a nivel social y simbólico. Aunque cabe reconocer que han pasado el testigo del estigma de “chivo expiatorio” a otras comunidades que se perciben con recelo al cruzar la calle de una acera a otra. No tanto cuando cobran cinco euros por cortarnos el pelo. La historia siempre se repite, aunque con otros nombres. Actualiza las aplicaciones desde el confesionario hasta Facebook y TikTok.

Llevo dos décadas investigando el periodismo y la comunicación en medio mundo, en especial en Europa y la América andina (Ecuador) y caribeña (Cuba). Mi vuelta al “viejo continente” coincidió con el auge de los movimientos migratorios (2015), lo que me incentivó a estudiar el discurso de odio (hate speech) y la desinformación dirigidos a los grupos de personas en movilidad (de esto sabemos mucho los albojenses, al contar con familiares en multitud de regiones españolas y países extranjeros debido a la emigración). En un primer momento, desde Italia (Milán), para, a posteriori, llegar a la Universidad de Salamanca: «Quod natura non dat, Salmantica non praestat» (Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta). Un lema que viene al pelo para un albojense que tuvo que agarrarse a la pared al nacer para ser considerado como tal.

Como parte de esa labor investigativa mencionada en el párrafo anterior, hemos publicado un estudio (en una de esas revistas científicas indexadas que nadie lee) sobre casi un

millón de mensajes en X, Facebook, Instagram y TikTok. La tecnología, mediante análisis computacional, detecta patrones de conducta a una escala que ningún ser humano podría percibir de forma natural. Una “máquina” nos pone frente a las señales tóxicas y de odio que mostramos en nuestro lenguaje, discursos y narrativas “online”: agresividad, obscenidad, amenazas, insultos... De este modo comprendí que es fundamental distinguir entre la crítica legítima y la culpabilización de una persona, de una comunidad o de un pueblo (en el sentido identitario de la palabra). Para esto, hace falta contexto, concepto, epistemología y juicio crítico. Hace falta lo que cualquier albojense competente debe exigir antes de aceptar un chisme (chafardeo), una mentira, una posverdad: conocer quién lo dice, de quién se habla, por qué lo cuenta y qué ocurrió realmente.

Esta forma de actuar es decisiva. Marca la diferencia. En esta investigación de la que hablo, hemos comprobado que criticar con hechos las políticas del Gobierno de Israel no nos convierte en antisemitas (aunque deberíamos decir antijudíos por respeto histórico y lingüístico). Tampoco lo hace defender el derecho (a existir) del pueblo palestino. La judeofobia comienza cuando responsabilizamos a los judíos, como colectivo, de las acciones de un Estado (Israel). Cuando volvemos a introducir en nuestras reflexiones y conversaciones las conspiraciones del supuesto poder judío, tal y como se incitó en España en marzo de 1492 con el decreto de expulsión firmado en Granada, en 1497 en Portugal y en 1498 en el reino de Navarra. De igual modo, condenar a Hamás o a una corriente islamista extremista tampoco constituye islamofobia. Sí lo es cuando tratamos a los musulmanes como sospechosos, inferiores o enemigos. La crítica legítima se dirige a decisiones, actos e instituciones. El odio irracional arrasa con identidades enteras y genera culpables. ¿De qué? Ni nosotros lo sabemos.

Mientras escribo este artículo, a finales de agosto de 2026, Ceuta (bajo soberanía española desde hace 386 años, cuando Marruecos moderno ni existía) intenta (re)alojar a miles de personas tras la entrada masiva registrada a finales de julio. Discutimos qué hacer, sobre todo con los menores no acompañados (mal llamados MENAS). La frontera (una valla de 8,2 kilómetros que, por suerte, ya no cuenta con concertinas en el lado español, tal y como pude comprobar hace cuatro años cuando fui a presentar mi libro “Odio”) es una línea artificial en el espacio hasta que un cuerpo la cruza. En ese momento se vuelve orgánica y transforma ese espacio en tiempo biográfico. Como decía, es totalmente legítimo debatir la política migratoria, la española y la europea, porque la marroquí es más que cuestionable; la capacidad de acogida, la seguridad de los ceuties (de todos ellos, cristianos en un 57% y musulmanes en un 42%) y la legalidad de lo que está ocurriendo (una auténtica barbaridad que más de 70.000

personas lleguen a un mismo lugar en el plazo de 48 horas). Debemos hacerlo. Sin duda. Pero no bajo las etiquetas de «invasor», «ladrón», «violador» ni «asesino». Un sustantivo descontextualizado no salva vidas. Las agrava.

De igual modo, mientras estoy frente al ordenador terminando de redactar esta propuesta “festera”, continúan muriendo hombres, mujeres, niños y niñas en Gaza bajo un alto el fuego inexistente y silenciador de las voces críticas. El ataque criminal de Hamás del 7 de octubre de 2023 es condenable. Debe serlo. Pero este no convirtió en culpables a los casi 6 millones de habitantes de Palestina (España reconoce oficialmente a Palestina como un Estado desde el 28 de mayo de 2024). Al igual que las decisiones del Gobierno israelí no convierten a todos los judíos del mundo en responsables. Una cosa es clara: Hamás no es Palestina. Netanyahu no es el judaísmo. Ni siquiera es Israel. Es tan solo un dirigente que ocupa un espacio temporal, aunque él no lo entienda así. El tiempo, de nuevo, pondrá a cada uno en su lugar (como dice mi canción «Gaza», del segundo disco de la colección “El Hogar”, que puede escucharse en Spotify). Un moro (del latín maurus) no es una organización armada. Ni un judío mueve los hilos del sistema financiero mundial. Parece sencillo, casi infantil, pero nuestra civilización tecnológica, abanderada por las generaciones Millennials y Z (y ya en las aulas de educación primaria y secundaria la generación Alfa) está consiguiendo hacer suyo que el lema «si una mentira se repite lo suficiente se convierte en verdad» (acuñada por el ministro de propaganda nazi durante la Segunda Guerra Mundial, Joseph Goebbels) parezca un acto de valentía y rebeldía intelectual. Nada más lejos de la realidad (tanto online como offline).

Albox conoce, aunque parezca olvidarlo de vez en cuando, los costes de transformar la diversidad religiosa y cultural en sospecha (legal) y culpa (religiosa) colectiva. No se trata de comparar las dinámicas actuales de forma mecánica con las de 1488, 1570, Ceuta y Gaza, ni de meter en el mismo saco moral y ético distintos siglos de forma anacrónica. Se trata de evitar la sinécdoque consistente en «tomar una parte por el todo y el todo por una parte». Antes hacían falta un púlpito (cura), un pregón (líder social) y un decreto (alcalde). Ahora basta con una batería cargada, una buena conexión a internet y una mala conexión con la veracidad.

Pero volviendo a mis raíces, estas fiestas de San Francisco importan más de lo que parecen. Desde niño, mi familia abrió las puertas de El Hogar para permitir a los lomereros, albojenses, foráneos y a todas las personas con ganas de comer, beber, reír, bailar, disfrutar de ellas como se merece. Mi cuerpo tiene mejor memoria que la cabeza que lo acompaña. Ambos degeneran, es ley de vida, pero crean un tiempo común para todos en mi interior. Durante unos días, quienes se quedaron, los que nos fuimos, quienes llegaron

después, quienes regresaron, ocupan la misma plaza: la Plaza de San Francisco. El libro de fiestas, aunque parezca un formato editorial del siglo XX, conserva en sus páginas (físicas y digitales) la versión del pueblo, de la loma, que somos cada uno de nosotros. Dentro de treinta, cuarenta, cincuenta años, alguien leerá (en sus tablets, móviles, dispositivos 4D, en sus memorias sintéticas, o lo que sea que venga) nuestros nombres, nuestras preocupaciones y nuestras bromas (tal y como yo hice estos días con la revista ROEL y algunos programas de fiestas patronales pasadas).

Albox ha cambiado porque es una entidad viva. Ha sobrevivido a conquistas, rebeliones, expulsiones, repoblaciones, terremotos, riadas, emigraciones, inmigraciones, crisis económicas (2008) y sanitarias (COVID-19), a sucursales bancarias que se marchan de toda la Loma (toca cruzar el puente para sacar dinero) y a comercios que reaparecen con otro letrero y otro rostro. Creo que no necesitamos fingir que permanece intacto. Impertérrito. Necesitamos conocer nuestras heridas, quién pagó, quién cobró, quién ganó y quién perdió. Quién quedó fuera del relato. Conocer nuestra historia no conlleva embalsamar al pueblo, sino permitir que las futuras generaciones decidan quiénes son y si quedarse o marcharse de forma libre y digna.

El fin del espacio no es el fin de Albox. Es el final de la ilusión de que Albox pueda guardarse en el cajón de la mesita de noche, como las fotografías de nuestra infancia. El pueblo es tiempo que corre de boca en boca, que se regenera en el apodo familiar, del recién llegado que mañana será «de aquí». Y yo (me) pregunto: ¿quién soy yo? Soy lo que permanece después de haber cambiado con el paso del tiempo y de los caminos caminados, como versó Antonio Machado y canta Serrat. Tan solo tiempo. Y quizá esa sea la única forma digna de seguir siendo (del) pueblo.

A mi padre



Martín Oller Alonso